segle 'faire du bruit' (Levy, Suppl. - W. B.: Appel, Prov. Chrest.) también debe explicarse por segle en el sentido de 'regocijo, entretenimiento'; menar segle habrá sido un sinónimo de menar festa, joi, etc. (ibid.). Un verbo ant. fr. siecler es traducido por Godefroy 'mener une vie mondaine, fréquenter le monde, suivre les déportements du siècle'. Así será fácil explicar omo de segre y segrel como 'hombre que produce la alegría' (= ingl. merrymaker). En el tiempo en que, como nos explica Pidal, el nombre juglar tendía a caer en «desprestigio» (en el siglo XII), presentar al juglar como el que «cumple el alegría» en las cortes (expresión de Don Juan Manuel, cf. Pidal, p. 119, cf. también el nombre de un juglar ant. provençal Alegret), era una manera de ensalzar el prestigio de la profesión juglaresca (otra fué llamar al juglar menestrel 'ministrante de una casa señoril').

El hidalgo que se hizo juglar pudo acomodarse a esta denominación eufemística. Puede admitirse que segrel, segrier se formó en Francia (de donde las lenguas peninsulares tomaron como empréstitos también palabras de la misma área semántica, como solaz, ministril etc.) sobre el molde de menestrel, menestrier y fué, después, importado en Galicia y Portugal.

LEO SPITZER

EL SONETO «LLEVO TRAS SI LOS PAMPANOS OTUBRE»

En el último número de esta misma revista, ¹ Eduardo Juliá, a quien tantas atenciones debo, al reseñar mi edición de las *Rimas* de los dos Argensolas, insiste en atribuir al canónigo Tárrega el conocido soneto que principia «Llevó

saeculum el pasaje de Chrétien ni menciona la derivación de segrel propuesta aquí.

¹ Págs. 302-305.

tras sí los pámpanos otubre». Sin embargo, creo que no me será difícil defender la paternidad de Lupercio. Voy a copiarlo de nuevo siguiendo el texto de las Rimas, Zaragoza, 1634, p. 72, por ser el más autorizado. Al lado figuran las variantes del soneto que leyó Tárrega en la Academia de los Nocturnos el día 2 de marzo de 1504:

Llevó tras si los pámpanos otubre, y con las grandes lluvias insolente, no sufre Ibero márgenes ni puentes, mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre coronada de nieve la alta frente, y el sol apenas vemos en Oriente cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña del aquilón, y encierra su bramido gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Táis tendido, con vergonzosas lágrimas lo baña, debiéndolas al tiempo que ha perdido.

sus muchas lluvias no sufre Turia

La sierra, como

y apenas el sol vemos al dura tierra [Oriente

El problema, como se ve, es muy sencillo de exponer: uno de los dos poetas es el autor del soneto y otro el de las variantes. La conclusión a que llega Juliá es ésta: «Por ser la primera versión del soneto; porque todas las composiciones de las actas de los Nocturnos son originales de los académicos, ya que se repartían los sujetos, pero no las poesías ya escritas, y por figurar la tardía atribución al poeta de Barbastro en obras que no intervino él directamente, hay que conceder la paternidad del celebrado soneto al canónigo valenciano.» ¹

Antes de entrar en el análisis de las variantes y ver si realmente el soneto tantas veces atribuído a Lupercio es una simple copia del de Tárrega, conviene repasar una serie de hechos, algunos de los cuales ya señala Eduardo Juliá.

En primer lugar, el soneto se atribuyó siempre a Lupercio viviendo su autor y viviendo su hermano Bartolomé. Lo

¹ Pág. 304.

publicó ya en 1605 Pedro Espinosa en sus Flores de poetas ilustres (aunque la antología estaba aprobada desde 1603) y en ese mismo año aparece también en los Discursos, epistolas y epigramas de Artemidoro, impresos en Zaragoza, y aprobados en 1604. Da la coincidencia de que Espinosa publica 19 poemas de Lupercio, sin presentar ningún error en las atribuciones y que esa colección es la mayor que se reúne y publica en vida de Lupercio, lo que parece indicar cierta participación del aragonés. Da también la coincidencia de que Artemidoro, o sea, Rey de Artieda, era amigo de Lupercio Leonardo y había leído en la Academia de los Nocturnos hasta doce poemas y una composición en prosa. Artemidoro vivía en Zaragoza desde 1601, al lado del Duque de Alburquerque, virrey y capitán general del Reino 1, y en su casa de Monzalbarba, cerca de Zaragoza, pasa largas temporadas por aquellos años el mayor de los Argensola. De la amistad de Artemidoro y Lupercio no podemos dudar, puesto que el primer soneto que aparece en los Discursos es precisamente del aragonés «en elogio del autor». El famoso soneto que ahora nos importa figura en el folio 97, detrás del que principia «Mirando Cloris una fuente clara», también de Lupercio, y con esa indicación. Dos folios más adelante se imprime otro soneto, «Dentro quiero vivir de mi fortuna», con la indicación también de ser su autor Lupercio Leonardo. Es decir, Rey de Artieda no publica un soneto, sino cuatro, y de esos cuatro, a excepción del que nos importa, nadie ha puesto en duda su paternidad. Como de Lupercio figuran además en los mejores manuscritos. Ahora es lógico que formulemos esta pregunta: ¿Podemos pensar que Rey de Artieda, admirador de Tárrega, a quien trataría con seguridad en la Academia valenciana, ignorase que el celebrado soneto le pertenecía y que Lupercio sólo era el autor de los retoques? Y podemos también formular esta otra: ¿Podemos pensar que Lupercio Leonardo, a quien con seguridad comunicaría

Según afirma F. RODRÍGUEZ MARÍN en su biografía de Pedro Espinosa, Madrid, 1907, pág. 179.

Rey de Artieda sus proyectos de publicar el libro, puesto que ese libro se abre con un elogio suyo, no advirtiese a su amigo que ese soneto no le pertenecía? Conociendo la gravedad de los dos hermanos Argensola y las resistencias que opusieron siempre a publicar sus poemas, yo me resisto también a pensar que Lupercio autorizase la edición de un soneto que no había escrito. Conviene, sin embargo, que sigamos exponiendo hechos y no opiniones más o menos sugestivas.

Cuando en 1620 escribe Lope de Vega su Introducción a la Justa poética en honor de San Isidro, pone cinco ejemplos de sonetos perfectos, y uno de los cinco es precisamente el que comentamos y con este elogio: «Aquí no deben tocarme las defensas ni las objeciones deste epigrama en Italia; la conclusión es excelente.» 1

Lope era también amigo de los Argensola y quizá más generoso—como siempre— con los dos hermanos que ellos con él, por lo menos en las admiraciones mutuas. Era también amigo de Tárrega, como es sabido. Pues bien, Lope atribuye tajantemente ese soneto a Lupercio, y si bien es cierto que entonces ya había muerto el mayor de los Argensola, su hermano Bartolomé pudo sacarle del error. Que nada le dijo es bastante prueba el principio del elogio de Lupercio en el Laurel de Apolo:

Aquel cuya memoria le descubre tan heroico diciendo «Llevó tras sí los pámpanos otubre.»

Y, finalmente, tampoco Bartolomé Leonardo, que guardaba los papeles de su hermano, se lo advirtió a su sobrino Gabriel, por lo que éste lo publicó entre las obras de su padre en 1634, publicación impecable, puesto que no deslizó ni un solo poema ajeno ².

¹ Cito por la edic. de la BAE Rivad.a, vol. 38, pág. 146 b.

² Pero antes lo había publicado, con la atribución ya clásica, SEBASTIÁN DE ALVARADO en su *Heroyda ovidiana*, Burdeos, 1628, página 315.

Añadamos a estos datos otro no menos interesante: de los once manuscritos que yo pude estudiar, la mitad muy importantes y severos en las atribuciones, ninguno deja de señalar concretamente que su autor es Lupercio, y no debemos olvidar que esos manuscritos son, casi todos, anteriores a 1634, puesto que no coinciden con la edición, y una vez editados los versos no había ninguna razón para no acudir a los impresos. (Un poco más adelante se verá la importancia que tiene uno de estos manuscritos.)

Creo, pues, que podemos apuntar un tanto a favor de Lupercio. Claro que hay una objeción posible: que nuestro poeta fuese autor sólo de las variantes, pero a esto se opone la naturaleza de las mismas, que es, en realidad, la piedra de toque del problema. Véamoslo.

Para mí no ofrece duda que el soneto fué escrito por alguien que había vivido en Zaragoza lo suficiente, por lo menos, para saber que aun antes de que aparezca el otoño, el Moncayo, «como suele», lanza vientos helados capaces de arrancar chimeneas, como en los momentos en que estoy escribiendo estas notas, y para saber que el Moncayo se ve muy bien desde Zaragoza en días claros, «coronada de nieve su alta frente». La asociación del Ebro-con sus riadas-al frío y ventoso Moncayo encaja perfectamente en la estructura de los dos cuartetos. La localización es precisa y exacta, lo que no ocurre en la versión leída por Tárrega. El verso «no sufre Turia márgenes ni puentes» es válido en buena lógica, pero, y aquí está el busilis de la cuestión, no sucede lo mismo con el verso quinto, «La sierra, como suele, ya descubre». Y no sucede lo mismo porque se ha pasado—nótese bien—de una localización precisa, Turia (que sustituye perfectamente a Ibero) a una imprecisión; se ha pasado del nombre propio al nombre común. Lo ocurrido es fácil de explicar: Tárrega no encontró a mano un nombre de montaña que tuviera tres. sílabas, y se vió obligado a usar el genérico «sierra», de dos, acompañado del artículo. Si en el soneto de Tárrega se leyese en el tercer verso «no sufre el río márgenes ni puentes». el problema sería muy distinto y cabría pensar que Lupercio

lo había modificado, precisando con *Ebro* y *Moncayo* lo que en Tárrega eran los genéricos *río* y *sierra*; pero usando un nombre propio y otro común, indica la dificultad con que tropezó Tárrega: encontrar un monte nevado que se viese desde Valencia y cuyo nombre además tuviera sólo tres sílabas. Con la misma dificultad he tropezado yo al intentar encontrarlo en los mapas.

Las variantes de los versos dos y ocho se encuentran también en otros textos manuscritos y tienen escaso interés , para nuestro propósito.

(Se me argüirá que tampoco hay mar en Zaragoza, y sí en Valencia, pero leyendo despacio el soneto, se advertirá muy bien cómo los dos últimos versos del segundo cuarteto abandonan la localización, para generalizar todo y preparar la entrada del terceto, cuya universalidad es innegable.)

Anotemos además otro hecho singular: ninguna de las piezas contenidas en las Actas de los Nocturnos logró traspasar el área local, ni aun después de ser publicadas por Martí Grajales, a pesar de que algunas son bastantes interesantes.

Y nada digo de los estilos de Tárrega y Lupercio, y cómo el soneto, con esa presencia de lo clásico, se acerca más a los del aragonés que a los del valenciano. Para mí es indudable que Tárrega modificó levemente el soneto y lo leyó como suyo, intentando darle color local sin conseguirlo del todo. Me parece más fácil que Tárrega tuviese noticia de ese soneto de Lupercio, que al revés. Pruébalo el hecho de la escasa difusión manuscrita de las piezas líricas del canónigo valenciano, frente a los numerosos y buenos manuscritos, en que se copian las de Lupercio. Y precisamente es uno de estos manuscritos el que resuelve de un modo definitivo el problema.

El manuscrito que yo he llamado B en mi edición presenta, en muchos poemas de los dos hermanos, versos primitivos que han sido enmendados posteriormente, y encima las enmiendas correspondientes. Da la casualidad de que también para nuestro soneto ofrece lecciones primitivas,

limadas después. Así, por ejemplo, para el verso segundo, «y con las grandes lluvias insolentes», copia «y entre espumosas Iluvias insolentes». Lo mismo ocurre con el verso noveno, «Suena la selva y sienten ya la saña», corregido más tarde en «Sienten el mar y selvas ya la saña». Ninguna de las dos variantes puede ser error de copia, sino que proceden de un original primitivo, original que no se encuentra, ni mucho menos, entre las obras de Tárrega, sino en uno de los mejores manuscritos argensolistas, puesto que en él se copian 104 poemas de Lupercio y 108 de Bartolomé, sin ningún error en las atribuciones. 1 Y esto me parece que prueba sin lugar a dudas no ser Tárrega el autor del admirado y leído soneto. Tárrega conoció el soneto ya limado, casi en su versión definitiva; a no ser que se sostenga que esas lecciones primitivas, que figuran sólo en un manuscrito argensolista, pertenecen al canónigo valenciano, lo que parece un poco diffcil.

Por todo esto—casi todo hechos y no hipótesis personales—yo me inclino a creer que Lupercio Leonardo es el autor del famoso soneto, soneto que no dejó de tener algún buen admirador de talla, además del gran Lope, puesto que el eco de algún verso resuena en otro de Góngora. Recuérdese sólo el principio dél conocido soneto: «Nilo no sufre márgenes, ni muros Madrid».

Jose Manuel Blecua

UNA NOTA A «LA CELESTINA»

El conocido estudio de Castro Guisasola sobre las fuentes literarias de la *Celestina* confirma con detalle y precisión lo que una lectura simple denunciaba, la fuerte impregnación

V. su descripción en la edic. de las Rimas, I, Zaragoza, 1950, págs. LXI y LXII.